



Publicado en ABC
año 2021

Del latín *politicus* y esta del griego *politikós*, que significa «de los ciudadanos o del Estado», siendo el adjetivo de *polis* que significa «ciudad», pero también Estado. La política ha sido siempre objeto de interés desde el nacimiento de las primeras civilizaciones hasta nuestros días.

Si bien en un principio se denominaba política a los asuntos del Estado, que por tanto eran asuntos de todos los ciudadanos, en contraposición a los intereses privados de los ciudadanos, llamados *idiotokós*. Pronto la denominación pasó a definir como *idiotés* a los ciudadanos preocupados únicamente por sus asuntos personales. Para curiosamente derivar siglos más tarde en la palabra actual *idiotá*, que en realidad hacía referencia a ciudadanos básicamente incultos, pero que hoy sirve para definir a personas con perfiles mucho más variados.

Visto desde este punto de vista, a los políticos de hoy en día en su gran mayoría se les debería denominar como idiotas, a unos por su clara falta de formación ya no ilustrada sino básica, y a los que al menos la posean, por su clara falta de anhelo en perseguir el interés general más que el suyo propio, o incluso sacrificándolo en pos de ese «superior» interés colectivo.

En España, durante las últimas décadas, la negociación de los presupuestos viene funcionando como el reparto de un botín entre los diferentes partidos. Por pequeña que fuera la representación a nivel del Estado, si sus votos eran de importancia para la aritmética parlamentaria, la cuota a obtener se vería incrementada exponencialmente. Tal ha sido así, que visto el éxito alcanzado por la política del terruño, cada vez más egoísta y excluyente, han proliferado multitud de corrientes políticas defensoras de intereses territoriales, comarcales y locales, pero también de colectivos ciudadanos agrupados por motivaciones individualistas, más que por tener una visión global de los problemas y necesidades del país, y por tanto de la población en general.

De esta forma, la política se está transformando más que nunca en un medio para acceder a los presupuestos, y así satisfacer intereses cada vez menos generales y de paso convertirse en un medio de vida, ya no en una vocación de servicio al interés general. Es ya sin ninguna duda y de manera preferente, una forma de obtener poder e influencia, para el beneficio propio.

La democracia representativa, a través de partidos políticos, parece ser la menos imperfecta de las formas de gobierno posibles. Pero es acuciante la realización de reformas profundas, ante su evidente deterioro. Cuestiones como el proceso de elección y reparto, tiempos de permanencia en los cargos, requisitos personales para su desempeño, así como un mayor control en general de su gestión. De inicio y con determinación, se debería empezar por recuperar la esencia del principio de separación de poderes, cada vez más limitado desde el poder ejecutivo, en muchas de las democracias actuales. ■

Ignacio Nieto González